

Dibujo del Arquitecto Luis Menéndez Pidal.

LA TRADICIÓN EN LA ARQUITECTURA RURAL

El amor á las viejas construcciones de nuestros campos, el deseo de que la tradición secular que en ellas aparece no se interrumpa, es decir, la aplicación de un sano nacionalismo arquitectónico á las diferentes regiones naturales, no es tendencia entre nosotros de estos últimos tiempos. Ya en 1882 un montañés de castizo y recio espíritu, D. Gervasio González de Linares, escribía en su libro La agricultura y la administración municipal, los siguientes párrafos de permanente actualidad:

Todas las casas, por regla general, responden en la época moderna á un mismo patrón, tanto en lo que respecta al gusto y forma exterior, como en lo que al interior y á su distribución se refiere. La fisonomía de las viviendas, trasunto fiel de las construcciones francesas, revela bien la tendencia dominante por su falta de originalidad; así, se advierte en las provincias del Norte, lo mismo que en las del interior y Mediodía, que son casi iguales las casas que se construyen, pues ya, por lo común, se desatiende lo que nunca se olvidó en las edificaciones antiguas, las cuales conservan en cada región de España un sello particular que expresa fielmente la relación que guardaban con las diferencias de clima y con ese conjunto de condiciones múltiples á que es preciso siempre atender, y á las cuales responden también las necesidades y costumbres de sus moradores. Por esta variedad de edificaciones, que hasta en las formas revelan un gusto peculiar y más libre, se comprende que su construcción era perfectamente adecuada á la experiencia de muchos siglos; obra lenta hecha por muchas gentes, y cuyos frutos se había ido recogiendo por arquitectos de buen sentido, quienes, con cierta originalidad, fueron perfeccionándola hasta nuestros tiempos. En éstos, con la ligereza propia del

día, se prescinde ya totalmente de tan interesante tradición, tomando en cambio planos de mucho adorno y aparato (generalmente del peor gusto) de la nación vecina, lo mismo para Almería y Granada que para Madrid, Palencia ó Santander; es decir, no hay ya más que un tipo general, y éste malo, sin que se busque tan siquiera, al tomarlo del extranjero, analogías de clima, de vida y de costumbres.

Esto sucede, tanto en la casa de ciudad cuanto en la de campo: búscase el tipo para ésta en los planos de construcción francesa, por regla general, y no se atiende más que á la profusión del adorno y á lo peregrino de las formas exteriores, desdenándose en absoluto la tradición de cada comarca en punto á construcciones análogas, y hasta posponiendo la comodidad, la higiene y el buen gusto, á la vez que sóbrio y severo, representado por las pocas casas antiguas que aun se conservan, y sustituido por un *arlequinismo* ridículo, molesto y ruinoso.

Cuando nos fijamos en las construcciones antiguas de nuestra provincia (Santander), lo mismo que en su mobiliario, cosas muy invadidas ambas, por desgracia, de ese mal espíritu, y los comparamos con las obras modernas, vemos con gusto que la reforma de que son susceptibles, merced á los adelantos de nuestros tiempos, se limita exclusivamente á ciertos puntos muy reducidos y permite seguir y desenvolver la tradición, perfeccionándola. Desde luego, sus formas y decoración son, por lo general, sencillas, al par que agradables. Los tejados cubiertos con la teja redonda de los árabes—tan susceptible de mejora—se sustituyen mal con el zinc y la pizarra, y aun con la teja plana. Los fuertes macizos de mampostería, los aleros de mucho vuelo, las solanas espaciosas y cubiertas, las salas grandes, de las que ahora se prescinde, como de los portales abiertos y elevados que se ven aun en muchas casas antiguas, los techos con hermosas maderas aparentes, en vez de esos cielos rasos que, por el modo como se hacen, no sirven sino de molestia (1); los pavimentos de roble de un tono severo y menos propensos á incendiarse que los de pino con que ahora se les sustituye; las gruesas puertas interiores, anchas y de elegantes ensamblajes, reemplazadas por otras estrechas de dos hojas, ligeras cual si fuesen de cartón, inseguras é incómodas para el servicio... todo revela una superioridad general respecto de las construcciones actuales, salvo algunas excepciones que obedecen al progreso de la industria, el cual, v. gr., permite ya aumentar en número y hacer mayores los huecos del exterior, por el bajo precio del vidrio, y, por consiguiente, suprimir las alcobas; ó bien que en las cocinas se recojan y dé mejor dirección á los humos, se empleen hogares económicos de hierro, etcétera; habiendo, sin embargo, necesidad de discurrir más de lo que parece á primera vista para acomodar estas novedades á las condiciones de las comarcas y á las costumbres domésticas, lo que ofrece en ocasiones dificultades graves. Otras reformas, aceptables en sumo grado, son las relativas á la buena disposición de la casa para la ventilación y caldeo de las habitaciones, al baño, retretes y demás elementos de higiene, así como la tendencia á rodearla de jardín y huerta, haciendo más agradable y frecuente el uso de las habitaciones de la planta baja. Estas y algunas mejoras más pueden y deben sin duda introducirse, necesitándose en ello

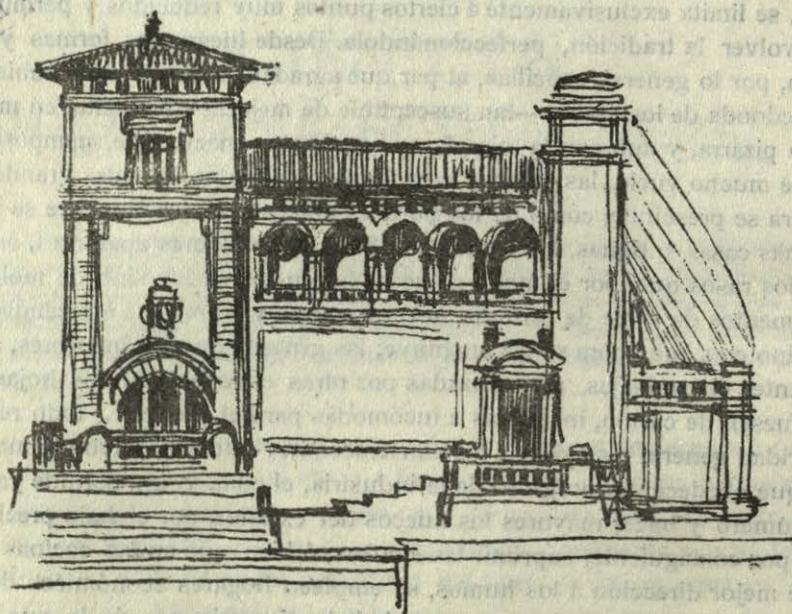
(1) Los habitantes de nuestra provincia saben, por ejemplo, cuán grandes son las que ocasionan los ratones, en tan extraordinario número albergados en ellos.

ARQUITECTURA

mucho tino y discreción para aplicarlas á las diferentes regiones de España, y en ellas á las diversas clases y usos, y siendo insustituible por ahora la mayor parte de lo que en estas construcciones constituye la herencia del pasado.

Lo mismo pudiéramos señalar respecto al mobiliario de las habitaciones, en el cual, del mismo modo que ellas, se advierte que las alteraciones introducidas no suelen ser precisamente las que reclamarían los progresos realizados en punto á comodidad é higiene, sino todo lo contrario.

GERVASIO GONZÁLEZ DE LINARES.



Dibujo del Arquitecto Roberto Fernández Balbuena.